

Crónica 9: De Periyar a la región de Kuttanad (Traducción del original en catalán)

Llevamos un par de horas sentados en el suelo de la parada de autobuses, estamos a cubierto por unas vigas de cemento que nos protegen con la sombra justa para no quedar achicharrados por el sol. Decían que el bus de Kumily salía a las doce, pero resulta que hoy ha salido antes. Circulan toda clase de enojados rumores, hay quien dice que ayer hubo un corrimiento de tierras en la carretera y han cortado el paso, otros replican que hacen obras en la carretera y los vehículos deben tomar otro atajo, todos se inventan nuevos horarios y argumentos convincentes lo que nos da a entender que estamos bien apanados, cada cual tiene su verdad, que varía con la llegada de nuevos tertulianos. Por falta de opciones decidimos pasar el día en la parada de autobús esperando a que suceda algo, aseguramos la dirección que deberemos tomar y escrutamos a nuestro alrededor para entretener la paciencia.

Un hombre sentado y encogido bajo un paraguas negro, es el toldo de su tenderete, repara sandalias y zapatillas con una destreza impresionante usando por mordazas las uñas y los dientes. Tras un carro oxidado, están sentados en el suelo el vendedor de té y sus clientes, tiene un caldero con agua caliente, un colador lleno de hierbas y un pote con leche azucarada; mezcla los tres ingredientes pasándolos de un vaso a otro, luciendo su ensayo malabar, alargando y acortando la distancia entre recipientes mientras que el delicioso líquido beige permanece casi flotando en el aire. Cada té cuesta tres rupias y se entretiene apilando los beneficios sobre la lona del carretón.

Por aquellas temidas casualidades, justo cuando decidimos abandonar la guardia para ir a buscar agua, ha llegado un autobús con la intención de cruzar el distrito de Idukki, lo hemos podido coger gracias a que medio pueblo estaba pendiente de nuestra suerte y nos han alertado con un vocerío cordial.

Estamos sentados a la izquierda del conductor mirando escépticos cómo este hombrecillo encogido y pernicorto, inclina más de medio cuerpo sobre el volante, intenta dominarlo forcejeando con furia, mientras pierde los pedales, jadea sudado alargándose para ganar este duelo. Las cuestas son agotadoras, el volumen humano sobresale ya por todas las aberturas, el calor que desprende el motor y el poco aire, nos mantiene acalorados y nos distraemos mirando la hondonada de plantaciones de té que cercenan la carretera.

Compadecidos por el sufrimiento del motor, perdemos el aliento cada vez que el conductor tiene que dar marcha atrás para poder coger estas curvas que hacen girar al autocar sobre sí mismo, o para escamotear un palmo de tierra al precipicio y así dejar pasar a los vehículos que vienen de frente. Al ruido ensordecedor del motor y de la bocina que suena abriéndonos paso a cada curva, hay que añadir la música estridente de la voz de una chica, que nos hiere con gritos agudos y acelerados que se mezclan con campanillas y rechines, haciéndonos crujir los dientes. No comprendemos el criterio de recogida de viajeros, muchos nos hacen parar saltando en medio de la carretera con el brazo en alto moviendo la mano, algunos los recogemos y a otros los apartamos casi sin frenar. También nos intriga que de entre la salvaje vegetación, salgan señores con camisa y cartera, que suben al autobús o desaparecen engullidos por la naturaleza. Al llegar a la cima, quedamos atrapados tras una caravana de coches, camiones y autocares, casi nadie ha bajado a satisfacer su curiosidad y han esperado pacientes y adormilados.

Reanudamos la marcha a las seis de la tarde, cuando los trabajadores de la carretera han terminado de amontonar las runas que habían hecho desprender a golpes de pico en los despeñaderos. El tramo abierto es tan estrecho que el autobús tiene que subirse sobre los

pilones de roca para no caer al precipicio, pero este desnivel lo ha inclinado de tal forma que nos hemos aferrado a la ventana listos para saltar temiendo que volcara, pero nada, una fuerte sacudida y hemos vuelto a revitalizar.

Aun no nos habíamos recuperado del susto, cuando el conductor ha empezado a dar bocinazos a todos los vehículos que perseguíamos, la velocidad en la bajada, era imprudente y avanzábamos temerariamente a cualquier objeto móvil que se nos ponía delante. Cogía velocidad y hacíamos apartar sin cautela a las bicicletas de los vendedores de helados, a los viandantes y a otros autobuses, una proeza absurda, ya que nos parábamos a recoger pasajeros y de nuevo éramos alcanzados por toda esta tropa. Al camión de los troncos, lo hemos adelantado por lo menos cinco veces, pero nadie protestaba, todos nos han cedido el paso y el conductor parecía justificar su prisa agitando indignado su reloj de pulsera. Algunos viajeros han dormido todo el trayecto, con el cuello torcido para poder apoyarse en el respaldo de hierro, o caído sobre sí mismos a ritmo de cada bache.

Acostumbrados ya a este suplicio hemos gozado de una puesta de sol que iluminaba un paisaje nunca visto, decenas de flanes gigantes hacían de montañas, con las vertientes onduladas y recubiertos con un tono amarillento, sólo les faltaba el reguero del azúcar quemado. Contorneamos un río de piedras planas que estancaba pequeños embalses de agua, es una fiesta el contemplar la vida en las orillas. Chicos zambulléndose, chicas sentadas dentro del agua con una tela enrollada bajo sus axilas, frotándose la piel con trapos húmedos y escurriéndose las cabelleras, otras empapadas, lavando la ropa a golpes, atizándolas contra las piedras, y sobre las rocas secas, una tendalera de ropas de vestir puestas a secar. Mas abajo una hilera de chicos lava potes y ollas, cargando el agua sobre sus cabezas con unas jarras de aluminio, se coronan con el trapo de fregar enrollado y sostienen cualquier peso.

Quedamos perplejos al comprender la función de un montón de vigas de madera clavadas perpendicularmente en la carretera y suspendidas en pleno precipicio, las unen con tablones, las recubren con cualquier material para construir una barraca, y hacen viviendas amontonadas que nacen sobre el vacío del barranco. El ambiente del autobús, varía inesperadamente, podemos viajar largos ratos sin que nadie hable, y de golpe un vocerío se anima haciendo enmudecer el cassette y la bocina, una tertulia acalorada que nos hace dudar de si se trata de una pelea, pero termina con grandes risas quedándonos con las ganas de comprender lo que allí se cuece, hay ciertos momentos que daríamos lo que fuera para poder apreciar los matices de su expresión verbal, los trucos de su lengua y el sentido hablado de su vida cotidiana. Hace más de cinco horas que rebotamos sobre estos asientos y tenemos las vejigas a punto de reventar, y aún nos ha dolido más al comprobar lo cargado que iba el autocar, cualquier intento de bajar es absurdo, ya que apenas se para cuando recoge o descarga pasajeros, vamos tan apretujados que parece imposible el poder llegar a la salida. Agonizábamos hasta el punto de estar convencidos de bajar en el próximo pueblo para reanudar la marcha al día siguiente, cuando nos detenemos y nos avisa el conductor de que la parada sería de dos minutos, saltamos espiritados y a toda prisa buscando el primer rincón por poco íntimo que fuera para aligerarnos.

Las señales de tránsito, son escasas, pero nos ha parecido reconocer un indicador que situaba a nuestro pueblo a unos treinta kilómetros, ha oscurecido y han recubierto las aberturas del autobús con una especie de lona. Sin saber cómo ni porqué, el señor de los tiquets ha cogido las mochilas y las ha acarreado hasta la puerta, nos ha llamado con prisas y sin comprender nada de nada las ha lanzado al interior de otro bus que estaba aparcado justo puerta con puerta, tras los bultos, hemos ido nosotros y otros pasajeros. Nos ha

sorprendido este juego de relevos en plena carretera, pero sea como fuere, debe ser un cambio habitual ya que más tarde nos ha dejado al poblado.

Hemos tardado siete horas en recorrer unos 105 kilómetros y ahora llegamos a Kumily de noche, somos reincidentes en esta mala costumbre de llegar a los pueblos cuando ya ha anochecido; todos nos parecemos, permanecemos largos ratos desorientados sin decidir hacia dónde nos dirigimos, y no es hasta la mañana siguiente que conseguimos entender la distribución de la villa. Al final de la calle principal, está la frontera con el estado de Tamil Nadu, es una barra que sube con un contrapeso y baja a golpes de cuerda martirizando un jovencito uniformado que desde la silla repite el mismo movimiento sin desvelarse.

Carretas de frutas y verduras, sacas de pescado seco, tiendas de especias y un seguido de restaurantes que fríen la comida en la calle con unos calderos de hierro requemados y la sirven sobre hojas de plátano.

Cientos de peregrinos bajan apretujados de los autobuses, ansiosos de estirar las piernas, corren casi desnudos, con un trapo naranja atado a la cintura o tapados con ropas negras y guarnecidos con collares y cordeles. Bajan entumecidos de los largos viajes que los acercan al pueblo de Erumeli, hace cuarenta días que practican toda clase de abstinencias antes de empezar la peregrinación hasta el templo de Sabarimala. Son los devotos de Ayappa, el dios hindú nacido del muslo de Vishnu y concebido durante un engaño, cuando el dios Shiva persuadió a Vishnu para que adoptara la forma femenina de Mohini la embrujadora divina; todos los peregrinos son hombres, ya que las mujeres en edad menstrual, tienen prohibida la entrada en el templo. Nos alojamos en Cardamon Cottage, una casa de huéspedes rodeada de palmeras, parras de plátanos verdes, plantas de Cardamon y bolitas de pimienta. Es una casa destartada con dos habitaciones de alquiler, un pequeño cuarto donde duerme Rajesh y una cocina con fuego en el suelo. Este jovencito nos ha pescado indecisos en la parada del autobús y le hemos seguido hasta la barraca. Nos ha contado que desde hace un par de años tiene el oficio de atraer viajeros, un amigo de su padre le ha confiado este negocio y él guarda la casa día y noche y le prepara un fajo de billetes cada lunes. Debe tener unos veinte años, pero estos fornidos bigotes que están de moda, le dan un aire de adulto sensato, estudia graduado en técnicas de marketing y pasa el día charlando con sus compañeros de fatigas; un amigo que conduce un rickshaw y siempre pasa cerca, se para a visitarlo; un señor mayor, mata las horas adormilado a los pies de su cama, no hemos sabido averiguar su parentesco, y un par de chavales espigados que lo vienen a buscar cada tarde para ir a beber algún brebaje. Cuando los ve llegar, ya va a lo loco, redacta una nota para los amados viajeros que puedan llegar extraviados resaltando con palabras elocuentes todas las virtudes de la estancia y huye a toda prisa recomendándonos que no dejemos escapar a ningún turista que atraviese la reja del jardín. Vuelve al anochecer más charlatán que nunca, excusándose mil y una veces por el aliento de bar. Lo hemos viciado con la tortilla de patatas, de la que sólo conoce el gusto, ya que la textura es de huevo revuelto, nos excusamos de estos destrozos culinarios culpando a los utensilios rudimentarios de la cocina. Nos ha conducido a una tienda llena de sacos de arroz ofreciéndonos una lección magistral sobre los diferentes tipos de cereales y sus propiedades, nos ha hecho conocedores de las bromas rivales que se hacen de un estado a otro para alardear con orgullo de su arroz, dice que los de Tamil tienen que estar muy apurados para comerse el arroz de Kerala, nos ha mostrado el arroz que le hacía comer su madre de pequeño, de buena mañana, primero se bebía el jugo y después el arroz, con lo que tenía energía para toda la jornada.

Cada día hacia las ocho de la noche, todo el pueblo queda a oscuras durante media hora, es una estrategia para ahorrar electricidad que el gobierno lleva a término en toda Kerala, comienzan a encenderse velas y quinqués y los negocios se llevan a cabo bajo una luz tenue. Compramos un kilo de tapioca por seis rupias a un vendedor de la calle que llevaba una balanza de pesas, sus manos moteadas con gracia por un malentendido de la pigmentación, se confundían con las raíces mientras escogía a las más jóvenes. La tienda de los huevos, huele a gallina, no podemos negar que son frescos, ya que la algarabía de estos animales se escapa de la trastienda. Hemos comprado media docena y nos los han empaquetado con tanta devoción que después nos sabía mal deshacer el envoltorio, cada huevo estaba envuelto en papel para no colisionar con los demás y cada tres huevos hacía un nuevo piso con periódicos dentro de un cucurucho, un cordel repasaba todo el capirote y hacía de asa para transporte.

Las casas del barrio son cubos de cemento agrietados, las ventanas son pequeñas y el techo muy bajo, para entrar hay que dar una buena zancada saltando la torrentera del alcantarillado. Las puertas de las casas permanecen abiertas todo el día y las chicas se sientan aburridas y se desparasitan sus cabelleras viendo pasar el tiempo, los pequeños corren desnudos con un cordel rojo atado en la cintura que esconde un paquete, al que atribuimos algún sentido religioso o protector. Unos dibujos geométricos decoran la entrada de las casas, son mandalas dibujados con polvo de colores que se consigue triturando hojas, harina, simientes y cáscara de arroz quemada. El polvo se escurre por entre los dedos que se mueven haciendo de embudo, creando el dibujo efímero que da la bienvenida al sol y se borra con los avatares de la rutina. A pie de puerta se encuentran muchos abuelos que apuntalan su cuerpo en la sombra para gozar de un nuevo día, el más anciano, se sienta agachado sobre sus talones cubierto con ropas y collares de peregrino, abandona su bastón y mastica cada grano del puñado de arroz, es su ritual de media tarde y se alarga hasta bien entrada la noche, abre la boca casi desencajando la mandíbula para recibir un grano de arroz gozando él sólo de esta afición, mirando abstraído en su pasividad y con una serenidad desconcertante el frenético movimiento que le rodea. Una casa del barrio tiene televisión y atrae a todo el vecindario, a cualquier hora pequeños y mayores se agrupan alrededor del aparato que se hace oír desde el otro lado de la callejuela. Algunas casas han convertido la entrada en tienda, venden productos básicos que se amontonan empolvados desafiando la data de caducidad.

Un par de mujeres hacen la colada del vecindario en un rebalse de aguas muy contaminadas por los patos, el punto de reunión del barrio es una especie de solar con zarzales donde tienden la ropa mojada, queman la maleza y encienden hogueras que iluminan, calientan y sirven para cocinar.

Rajesh ha pillado unos nuevos vecinos, se llaman Guy y Yael, una pareja de Israel que se han aficionado en las especias, se entretienen en desmenuzarlas y etiquetarlas en botes pequeños que guardan como reliquias. Nos han cocinado un zafarrancho de huevos y sofrito al que llaman Sushucka, nosotros respondemos con una tortilla de patatas con aceite de coco, y el jovencito de la casa nos ha preparado un montón de arroz; cada noche nos sentamos al fresco compartiendo estos buenos alimentos como un pretexto para curiosear y saber más de nuestros mundos. Nos reíamos de un amigo de Rajesh que intentaba ensartar los granos de arroz con el tenedor, y los perseguía por todo el plato sin éxito, no se atrevía a comer con los dedos porque nosotros usábamos cubiertos, hasta que lo hemos descubierto con cara de hambre y el plato lleno, desdramatizando el suplicio, probamos de engullir los granos haciendo cuchara con los dedos de la mano y terminamos reemplazando la falta de

habilidad por el gusto de manosear la comida. Rajesh nos muestra ilusionado el recorte de un artículo de periódico donde el gobierno solicita administrativos para trabajar en empresas agrícolas de Tamil Nadu, todos le queríamos ayudar a redactar un currículum en inglés con más buena fe que sentido común, se ha sorprendido cuando le hemos dicho que era importante poner un apartado de intereses y aficiones. Guy lleva más de dos años rondando por el mundo, tiene 25 años y una cultura de la vida que nos ha dejado boquiabiertos, trabaja de vez en cuando cuando viaja hacia el norte de Europa, y se gasta el dinero poco a poco gozando de cada país, dice que para vivir, sólo necesita vivir, ha estado en el Kashmir, en Colombia y Sierra Leone, se ríe de sí mismo diciendo que la única suerte de ser de Israel, es que no teme los disturbios de ningún otro país. Yael es muy jovencita, esta es la primera vez que se marcha de los kibutz, unas comunas rurales en donde vivía con su familia y con más de un centenar de personas, dice que una de las pesadillas que aún conserva, es que se despertaba por la noche buscando a sus padres y se encontraba con un montón de niños y niñas durmiendo a su alrededor, hace un par de meses que son novios, se conocieron en el norte de la India y han decidido viajar juntos huyendo de una mala situación política que los convierte en un pueblo de jóvenes errantes.

El santuario de vida salvaje de Periyar, queda a sólo cuatro kilómetros de Kumily, pudiéndose llegar a pie por el parque natural de Thekkady, entre las colinas de Cardamon. En la entrada, los guardas nos han cobrado cincuenta rupias a cada uno, hemos andado inmersos en un selvático mundo de gritos de pájaros, topando escépticos con un montón de carteles de tigres y elefantes pintados al óleo. Llegamos decididos hasta las casetas de información, tenemos unos consejos valiosos que nos han confiado Guy y Yael, a las tres en punto se abre la venta de tickets para las barcas del gobierno que sólo cuestan 15 rupias y hacen el mismo recorrido que las barcas de lujo que timan a los turistas. Esperamos sentados bajo unos troncos de bambú compartiendo la sombra con un grupo de monos que nos miran con cara de hombre viejo, tienen los ojos pequeños, el pelo gris y despeinado, y las manos untadas con betún negro. Se cuelgan con la cola y se sueltan hacia las ramas más bajas asustando a un grupo de chicas que intentan huir atrapadas en su sari. Unos chavales los provocan haciendo aspavientos pero no consiguen incitarlos ya que los hanuman están demasiado atareados sustrayendo los desperdicios del interior de los contenedores y arrojándolos desde lo alto de los árboles, se hartan con las golosinas de los turistas que ignoran los carteles que prohíben dar de comer a los animales y los atiborran sólo por la gracia que les hace el verlos comer, lanzan los envoltorios bajo los carteles de “non plastic zone”, desobedeciendo la perversidad de esta frase que licita desprenderse de cualquier desperdicio fuera del recinto natural. Un montón de personas esperamos asfixiados el viaje de las cuatro de la tarde, han llegado toda clase de barcas y nos acomodan por categorías, barcas privadas, barcas con asientos cómodos en cubierta y una barquilla claustrofóbica con los cristales sucios, donde nos hemos metido los mochileros de bajo presupuesto y los locales. Navegamos por el lago eludiendo los fantasmas de los árboles que fueron sacrificados por el embalse, centenares de aves vuelan en círculos batiendo sus inmensas alas, otras apuntalan majestuosamente su cuerpo como una prolongación de los troncos que se levantan desafiando la putrefacción de las aguas, permanecen inmóviles secando sus alas al sol de media tarde. Parece una carrera de embarcaciones, avanzamos las unas a las otras y el ruido de los motores debe haber ahuyentado a los pocos animales que se aproximan a beber agua en el lago. Es un delirio psicótico, todos tenemos preparados los prismáticos y la cámara, sólo falta hacer un gesto equívoco para que todo el mundo busque desesperadamente alguna señal de vida, las orillas del río quedan tan alejadas que las

piedras bien podrían pasar por elefantes. Una familia de búfalos, dos zorros, unos cuantos jabalíes alguna ardilla y un montón de aves, es nuestro patrimonio observado, eran las ansias de ver algo lo que definían las formas desde la lejanía. Nos han paseado una hora larga y hemos vuelto con el rabo entre las piernas los de quince, los de cien y los de doscientas rupias.

Partimos de Kumily bastante ofuscados, en pocos momentos nos habíamos peleado con medio vecindario intentando hacerles comprender que las llamadas a cobro revertido no son ninguna estafa, cuando tropezamos con Román y Juan, unos amigos que hicimos en Munnar y que son un saco de felicidad, se dedican a filmar algunas imágenes de la India para hacer un documental, nos han contagiado aquella alegría de las personas que gozan con sus iniciativas.

Cuatro horas de autocar y nos plantamos en Kottayam, en el mismo centro de la región de Kuttanad, unos setenticinco kilómetros de aguas atrapadas entre la costa de Malabar y las montañas de los Ghats occidentales que entreabren la tierra de Kerala mostrando las intimidades de la vida cotidiana a los pasajeros de las barcas. Navegamos por el entramado de ríos y vías fluviales en un transbordador del gobierno. Envueltos por un túnel de vegetación, nos abrimos paso apartando miles de nenúfares floridos que alfombran el agua y de manojos de plantas con raíces que flotan alrededor. Adivinamos sorprendidos alguna sandalia y alguna bombilla, lo que nos hace imaginar la gran variedad de objetos que deben esconder estas aguas. Los alumnos nos esperan impacientes subidos en unos troncos que atados de tres en tres hacen de embarcadero, siguiendo la hilera de niños uniformados podemos intuir donde queda la escuela, montan alterados mostrando un folio cuadrículado al revisor, el cual les tacha una casilla con un garabato. Algunas madres cargadas con jarros, leña y cestos también aguardan haciendo equilibrios sobre los troncos, hasta que amarramos la cuerda y el barco rebota sobre los neumáticos que cuelgan a cada lado, amortiguando los golpes que aplastan la carcasa contra tierra firme, ellas colocan los fardos en el techo del transbordador y se embarcan recogiendo los saris para no quedar atrapadas. Estamos rodeados de campos de arroz, inmensas extensiones bañadas de agua que nutren a la población, recorremos con la mirada el barrio desde el río, vemos templos, palmeras, iglesias, campos labrados, campos anegados, canoas boca abajo y un conjunto de barracas que alargan el patio hasta el río. Hombres tumbados en la hamaca a ras de agua, chicas lavando la ropa o los platos con agua hasta las rodillas, niños que corren con el cuerpo enjabonado y mocitas que se bañan discretas bajo sus ropas. Si no fuera que todo sigue su curso y que nada se para con el tráfico de las barcas, haría que nos sintiésemos turbados de espiar la vida desde las aguas. Las canoas se mantienen a flote de milagro, decenas de cocos, sacos de moluscos y de forraje aprovechado de las hierbas del arroz, hundien las humildes Kettu Vallam hasta que el agua queda a ras de cubierta, una pequeña ola o un pie en falso de los remeros, podría hundirlas. Son las barcas atadas de Kerala construidas sin usar ningún clavo, cosiendo las tablas de madera con cuerdas de fibra de coco y barnizadas con una resina de semillas hervidas.

Algunos pescadores lanzan la red desde la barca, mientras sus compañeros se apresuran a sacar el agua que ha entrado en su interior, cuando paran los remos, llevan unas velas hechas de sacos cosidos que se hinchan con un ruido de plástico seco. Avanzamos a una casa-barca de tres mil rupias al día, que se alquila para pasar la luna de miel navegando por los backwaters o para conocer todos los ramales de la región sin el ruido de ningún motor. Casi no hay puentes que unan ambos lados, alguna palanca levadiza a golpe de cuerda que trae de cabeza a los barqueros que deben parar el motor y avisar al encargado amodorrado

para que les levante el puente. Encallamos en un montón de hierbas que se han entrelazado, estrangulando al motor, sin pensarlo dos veces, el hombre que amarra la barca, se ha descamisado lanzándose a las espesas aguas para deshacer el embrollo.

Estamos a mar abierto y una pila de pájaros pescadores nos salpica golpeando furiosamente contra la espuma, entramos en Alappuzha con las últimas luces del día. Engañados por el espejeo, nos ha sorprendido una emanación de aguas estancadas, la brillantez de las manchas de petróleo, engrasa los desperdicios que se ahogan asqueando las embarcaciones del puerto y las orillas del río, hay que ser muy poeta para nombrar a estos parajes, la Venecia de la India. El sueño se había apoderado de nosotros en el primer cuchitril que ofrecía habitaciones libres, cuando nos ha despertado un rumor de chasquidos crujientes, dudábamos del riesgo que supone conocer los compañeros de recinto, pero la curiosidad nos ha hecho encender la luz, decenas de escarabajos de buen tamaño, curiosean nuestro equipaje, el trabajo en ahuyentarlos es tan pesado a estas horas sonámbulas que decidimos matar la angustia de las correrías con el ruido del ventilador.

Olga&fraz

El reportaje: Animales y mitología

Una veintena de reservas y parques naturales preservan la vida salvaje de los animales de la India, siguiendo la exuberancia geográfica de las montañas del Himalaya, la explanada del Ganges, los pantanos de Bengala, el desierto del Thar, el altiplano del Decá y los Ghats Occidentales, que engendran una diversidad de hábitats digna de acoger a la más extensa gama de animales. Aves, osos, tigres, rinocerontes, elefantes, ciervos, búfalos, monos, ardillas, serpientes... . viven respetados y venerados por su protagonismo en las leyendas hindúes del Ramayana y del Mahabharata o sobreviven padeciendo las creencias mágicas que atribuyen propiedades curativas a sus pieles, nutriendo a grupos de contrabandistas organizados que practican la caza furtiva para satisfacer estas crueles excentricidades.

En 1972, se prohibió el shikar, la caza del tigre, que hasta entonces había sido el prestigio y el deporte de reyes, maharajás y emperadores, pero el censo de estos exóticos animales no parece recuperarse y debe rondar los 2500 ejemplares. La carne del felino salvaje se utiliza para ahuyentar a las serpientes, las friegas con grasa de su riñón, curan la impotencia masculina, poseer su nariz, propicia el nacimiento de un hijo varón, pero la más popular de las creencias, es que la vida de un tigre se cotiza a 50.000 dólares. En el parque natural de Periyar hay una reserva de tigres, unos 777 kilómetros cuadrados de bosque, esconden diecisiete tigres, centenares de carteles retratan el felino pintado de vivos colores, atrayendo cada día a multitud de turistas engañados que se resignan culpando al azar. Un guarda forestal explicaba que durante sus veinte años de guía en el parque, sólo había visto de lejos a un par de tigres.

Unos 19.000 elefantes en estado salvaje pueblan las selvas del país, un fiel animal de carga y portador domesticado hace ahora unos 3000 años, son un elemento habitual en los festivales religiosos, desfilan engalanados con monteras doradas y trompa pintada, caminan pacientes por entre los miles de devotos entusiasmados, carrozas y bandas de músicos.

Comparten vida y lenguaje con su cuidador, la mayoría son propiedad de familias acomodadas que lucen la magnitud de su patrimonio demostrando que pueden permitirse costear la alimentación del animal. Ganesh, el dios hindú con cabeza de elefante, hijo de

Shiva y Parvati, es venerado popularmente por el éxito y la prosperidad, muchos templos lucen su imagen rolliza y sonriente y en los lugares más insólitos, ponen pegatinas con su cara sonrosada. Pero la existencia de estos bondadosos mamíferos, se ve amenazada por la deforestación y la sobrepoblación que desestabilizan el equilibrio de su hábito natural, cada adulto necesita comer unos 200 kilos de vegetación al día y beber unos 100 litros de agua. Los monos más comunes, son los macacos Rhesus, de nalgas rojizas, que nos sorprendieron por su agresividad, y los Langur hanuman de pelo gris, que se encaraman en las palmeras y en los tejados. La creencia hindú protege a estos animales otorgándoles la condición divina de servidores de dioses. Narra la epopeya de Ramayana que el dios Hanuman pidió a centenares de monos que uniesen sus cuerpos formando puentes para que el ejército pudiera llegar hasta la isla de Lanka, para ayudar a Rama a luchar contra el malvado Ravana que le había raptado a Sita su mujer, para hacerle morir de amor.

Hacia el 1960 el rinoceronte hindú quedó casi extinguido, los cazadores furtivos sacrificaban estos animales para arrancarles el unicornio remunerado por sus propiedades curativas y espirituales. Ahora, unos 1100 ejemplares viven protegidos en la reserva de Assam en los estados montañosos del noreste del país. Los encantadores de serpientes martirizan a las cobras y a las pitones malviviendo en sus cestos, les sacan el veneno y las torturan bajo la mirada patética de los humanos que quedan cautivados por el movimiento y la presencia de estos reptiles. Al dios Shiva se le dibuja acompañado de una cobra y cogiendo un bastón cubierto con varias serpientes. Hay más de 200 especies, una cuarta parte de las cuales son venenosas. Un chico de Kerala nos ha explicado que de pequeños aprenden a huir de las serpientes, saltan hacia atrás y hacia un lado sin darse la vuelta, sin dar la espalda al reptil, ya que delante de estos animales sólo te da tiempo para una vibración. La prensa local cuenta casos de niños mordidos por serpientes comunes en el patio de las escuelas y hay quien cree que se pueden curar todas las picaduras con tratamiento de ayurveda, una medicina de más de 5000 años de antigüedad que agrupa a la persona y a la naturaleza como un todo.

Consejos y curiosidades

En las taquillas de venta de billetes de las estaciones de ferrocarril, tienen un librito traducido al inglés que lleva el título “Trains at glance”, recoge todos los horarios de tren de la India, los nombres de cada estación, los números de los trenes y los precios, es un buen hallazgo que por sólo veinticinco rupias te permite continuar improvisando el viaje sin desesperarte.

Olga&Fraz